

---

SUR L'EAU (1)

---

En una de sus últimas obras—el estudio sobre *Jorge Sand*—decía M. Caro hablando del autor de *Bel-Ami*: «Está dotado de un *humour* natural y de un estilo de raza, que disimulan apenas un fondo terrorífico de desprecio hacia el hombre y, quizás también, si se ahonda más, una tristeza casi trágica.» Este juicio, al cual creo que no se puede añadir nada nuevo, refleja exactamente la impresión que produce en los lectores de raza—que también los hay—el libro de Maupassant cuyo título antecede. Lo compré figurándome que era una novela, y me encontré con un *diario* de excursión por las costas del Mediterráneo, en el cual empieza el

---

(1) *Sur l'eau*, por Guy de Maupassant. París 1882.

autor hablando *del agua, del sol, de las nubes y de las rocas*, y termina haciendo reflexiones sobre su eterno tema: el hombre. No diré yo que Maupassant sea un pesimista. Se ha usado tanto esta palabra y tan poco á derechas, que ya no nos entendemos acerca de su significación. Maupassant es un *disgustado*: sufre ese inmenso fastidio, esa dolorosa desilusión, ese desfallecimiento triste de las cosas de la vida, que aún para los que no padecen de *idealismo*, tiene mayores amarguras y desengaños más grandes de los colocados en cuenta en el presupuesto que todos hacemos para nuestra conducta. Este disgusto es, ante todo, una enfermedad moral de nuestro tiempo: es la enfermedad del desequilibrio que llevamos todos en el alma, y que se respira en el ambiente social.

A mí me ha sucedido dudar mucho respecto del valor de este hecho, porque no hay cosa que varíe tanto como el concepto de la vida y la impresión que de ella guardamos. Hasta la fecha, no se ha descubierto el modo de anular lo subjetivo de cada hombre y de *objetivarle* hasta el extremo de que los hechos exclusivos de su vida no se influyan en sus ideas sobre el mundo; y aun cuando el remedio viniera y pudiéramos *objetivizarnos*, como muchas veces sería de desear, ¿acaso no vendrían también del lado de las cosas (de las cuales son parte los actos de los demás hombres), esas corrientes alternas de satisfacción y disgusto, de áni-

mo y energía, de agotamiento y desilusión? Siempre será verdad—si puede decirse *siempre* en estas cosas humanas, sobre las cuales andamos casi á tientas—que cada cual habla de la feria según le va en ella. Pero también es verdad que el aspecto y el punto de interés de la feria son distintos para el que á ella va buscando distracción, el que va á su negocio, el que la atraviesa por accidente, ó el que se cuida y se preocupa de la riqueza, el bienestar, la situación entera de un pueblo, mostrada al descubierto en las grandes ocasiones: como se muestra, sin aparato, pero con la fuerza del relieve que tiene lo activo, en la vida ordinaria, que pocos saben observar y en cuya observación pocos encuentran el raro placer de *ver las cosas*.

Maupassant sabe verlas bien: no es que tenga el talento de observador, meramente; es que sabe sentir las cosas, y sobre todo, es uno de los pocos autores modernos que sienten de veras, y no por entusiasmos de brocha gorda, la Naturaleza, con esa finura, ese respeto, esa impresión grave y honda que producen el campo y el mar, cuya voz solemne sobrecoje y sacude en lo más escondido é íntimo las raíces del alma. Leyendo *Mont Oriol*, me sorprendieron algunas observaciones referentes á los olores que se perciben en el campo: es fruta tan rara encontrar en los novelistas modernos—aun en los que se llaman naturalistas—un «espíritu ru-

ral», valga la frase por lo exacta, que el descubrimiento me llenó de júbilo. Los novelistas, (¿y por qué no decir los poetas, aunque abusan tanto del campo?) son, en su mayoría, gente ciudadana, que no entiende del campo abierto ó del mal sino á través de sus lentes ahumados contra los rayos del sol. Maupassant, aunque lleva siempre por delante su principal preocupación, no tiene cerrado el sentimiento á las cosas naturales; y en esa frescura y novedad de impresiones, más que en el discurrir ingenioso y original sobre el hombre, estriba el mérito de *Sur l'eau*. Más aún: lo humano que allí hay en gran cantidad, gana en altura, en color, en interés, referido á la decoración, cuyo sabor pide para su buen aprecio una boca de levantino criado á orillas del Mediterráneo, sobre las playas luminosas, y entre el aire que llenan á la vez el aliento salado del mar, el polvillo ardiente de las palmeras y el perfume de azahar que embriaga.

Al través de esa decoración espléndida de la costa francesa é italiana que Maupassant va describiendo, suena de un modo muy raro, con un contraste que impresiona duramente, su queja de los dolores, de las impertinencias, de las tonterías humanas. El efecto es inexplicable; y el espíritu vaga indeciso, llevado por el brillante correr de aquella prosa fuerte, desde la sensación tranquila, suave, dominante de la Naturaleza, á la emoción irritante y áspera de los co-

mentarios del autor. Leyendo este libro, se figura uno lo que pasaría en el alma de Chopín y de G. Sand, cuando arrastraban, él los sufrimientos de la carne y los disgustos del mundo, y ella la tristeza fastidiosa del enfermero, por el espléndido paisaje de Mallorca.

El pesimismo — al fin lo he dicho — la mueca dolorosa de Maupassant, no es una cosa rebuscada y fría, uno de esos pesimismoes ó lamentaciones de moda, secos y estirados, que cierran toda fuente de sentimiento. A Dios gracias, el autor no es un espíritu vulgar, sino muy delicado y sensible á las menores impresiones. Para convencerse de ello, no hay más que leer el diario de 10 de Abril, hermoso capítulo, uno de los más expresivos de la obra. Se queja Maupassant de lo que embaraza para gozar de la vida la facultad de observador, que concluye por ser uno segunda costumbre en el literato de raza.

«Escribo porque comprendo — dice — y sufro de todo porque lo conozco demasiado y porque, sin poderlo sentir, lo veo en mí mismo, en el espejo de mi pensamiento. Que no nos envidien, que nos compadezcan, porque hé aquí en lo que difiere el escritor de sus semejantes..»

Los párrafos que siguen son, con tal cual rasgo exagerado, de una hermosa verdad. «Actor y espectador de sí mismo y de los otros — concluye, refiriéndose al escritor — nunca es

actor tan sólo, como las gentes que viven sin malicia. A su alrededor todo es de cristal, los corazones, los actos, las intenciones secretas; y sufre de un mal extraño, de una especie de desdoblamiento del espíritu, que le convierte en un sér que vibra horriblemente, mecanizado, complicado, fatigándose á sí propio. » Luego cuenta dos de esas cosas *vistas un segundo*, que originan una impresión de intensidad vivísima, inolvidable, como si continuamente se repitieran ante nuestros ojos. ¡Y qué delicadeza en ambas! ¡Qué fondo de sentimiento sano, noble, esquisito, se descubre al través de aquellos recuerdos! Los dos son casos de miseria, de tristeza; de esos hechos que «en un segundo os arrojan en el alma todo lo que puede contener de dolor, de desesperación y de agonía.»

Si me fuera lícito hablar de mí, ahora que hablo de otro, contaría los dos hechos que más han impresionado mi vida, ambos referentes á personas que me eran desconocidas por completo, y ambos accidentales y fugaces como un relámpago, ó un rayo de luna que huye sobre el lomo de una ola. La simpatía hacia las gentes de nuestra familia, de nuestro círculo, es perfectamente natural; pero en esas simpatías repentinas con hombres á quienes no conocíamos hace un momento y cuyas tristezas, cuyas alegrías, cuyo estado entero asimilanos hasta hacerlo carne y sangre de nosotros mismos, hay no sé qué de impresiones que redobla

el sentimiento. Siempre recordaré á la muchacha aquella—casi una niña—que llenó con sus carcajadas francas, sonoras, con risa en que ponía de una vez su felicidad entera despertada por una frase, por un gesto, toda una noche de primera representación en *Apolo*. Estaba en la butaca anterior á la mía, con su marido; y á la legua conocíase que eran recién casados. La cara de aquella mujer, que no tenía nada de hermosa, resplandecía con el gozo interno que, subiéndole á la garganta, la ahogaba de emoción y salía en risas continuas. No reía por lo que decían los actores, ni por lo que hacían, ni por los comentarios del público; reía porque se sentía feliz, porque necesitaba dar expansión á su felicidad íntima, y decir á todo el mundo que vivía era muy bueno y que ella lo veía todo de color de rosa.

Y recordaré también aquella escena tan contraria, aquel dolor tan inmenso, sorprendido y exhalado en la calle, ante la curiosidad de unos pocos, á la entrada de una noche muy serena de invierno, por otra mujer, joven como la primera, que vió deshacerse de golpe todo su bienestar, su ilusión amorosa, al detener un coche en cuyo fondo ocultaba su marido la infamia de un adulterio cobarde. ¿Por qué ambas escenas, tan sencillas, tan frecuentes en la vida, me impresionaron tanto? No lo sé. Pero lo cierto es que no podré olvidar nunca aquella ale-

gría tan franca y este otro dolor tan hondo y tan discreto—no se oyó más que un quejido,— que en corto intervalo de días pusieron ante mis ojos los eslabones extremos de la cadena de ilusiones que toda mujer se forja cuando ama.

Todavía cuenta Maupassant otra de esas historias *al vuelo*, que con tan exquisito gusto dramático sabe él recoger y contar. Es la de una mujer engañada por su marido, después de haberle sacrificado su vida, su nombre, su posición. Y esa historia tan elemental y tan repetida, cuyo desenlace funesto—el suicidio de la esposa—publica la charla incontinente y fría de una criada, deja, puesta allí, al final del capítulo, un sabor de amargura y un encogimiento doloroso en el alma. Después de esa, otra aún. Es la última palabra del libro, palabra de desconsuelo, cuyo efecto desolador es imposible decir porque no puedo sentirse sin leer todo el *Diario*.

Cuando lo cerrais, la visión sonriente de aquella costa mediterránea que os halagó al comenzar la lectura, ya no existe. Os parece que no habéis estado *sobre el agua*, sino que volvéis de un entierro.

Y sin embargo, el libro es muy hermoso.

1888.

## NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

—  
MAUPASSANT

I

La terrible dolencia de que es víctima ahora el célebre autor de *Bel Ami*, concede oportunidad (por desgracia, muy triste) á los estudios críticos que se le refieren. El despiadado noticierismo ha traído y llevado el nombre de Maupassant, complaciéndose en el recuento de pormenores que afectan sólo á la vida privada y á esferas de ésta, muchas veces, que la más elemental prudencia aconseja pasar en olvido.

Ninguno (ó casi ninguno) de los nuevos *críticos* ha tratado de lo que más importa recordar: la obra del novelista, en virtud de la cual tiene éste nombre y representación en la vida literaria moderna. Séame lícito llenar ese